

Andrés Talavero

Cáceres 1967

Silencio. 2 Junio – 15 Julio

Realiza estudios de dibujo, grabado y escultura en la Escuela de Bellas Artes de Cáceres y, posteriormente, se licencia en Bellas Artes en la Universidad de Salamanca (1985-1990), especializándose en pintura (1990), escultura (1992) y en procesos fotográficos aplicados al grabado calcográfico a través de un curso de doctorado (1990-1992). Diferentes becas de creación y la realización de talleres completan su formación académica. A lo largo de su trayectoria artística hace uso de múltiples medios, como el dibujo, la pintura, el grabado, la escultura, la instalación, la fotografía, el videoarte o la performance, concibiéndolos, debido a una continua voluntad experimental y a una eminente tendencia hacia lo conceptual, como herramientas que traducen sus planteamientos sobre el objeto artístico, considerado como entidad abierta a desmaterializaciones tanto físicas como simbólicas. Movimientos como el arte povera, el land art británico de artistas como Richard Long, Hamish Fulton o Hamilton Finlay, las esculturas de Brancusi, Alberto Sánchez o Hans Arp, la pintura de Bacon y Friedrich o la poesía japonesa han sido para Talavero influencias permanentes con las que dialogar, creando, a lo largo de los años, un corpus de trabajo reconocible que define, desde 1998, con la noción de *Camino*. Tomando la naturaleza como núcleo fundamental de su génesis creativa, como materia de meditación y sustrato representativo, opta por una poética de la mínima intervención, por el des-ocultamiento de temáticas y formas y por narrativas que se vuelven legibles mediante su despliegue temporal, mostrando en piezas de marcado carácter procesual la pérdida de preponderancia del sujeto fuerte de la Modernidad, y creando, desde el presente viviente, un espacio propicio para la sostenibilidad y la ecología del pensamiento. Además de participar en numerosas exposiciones colectivas y en ferias como Arco Madrid (1999 y 2002), Arte Lisboa (2001) o Foro sur, Cáceres (2001, 2002 y 2005), Talavero ha exhibido su obra individualmente a través de intervenciones y sites específicos realizados en entornos urbanos, naturales y en lugares con una connotada carga histórica, como el Monasterio de Yuste, el aljibe del Museo de Cáceres, el Cementerio Alemán de Cuacos de Yuste o el Museo de la Cárcel Real de Coria. Asimismo, también a nivel individual, su obra ha podido verse en espacios como la Sala de Arte el Brocense, Cáceres (1987, 1997 y 2009), la Sala Mateo Inurria, Córdoba (1996), el Museo Pérez Comendador-Leroux, Hervás (2007 y 2014), y en galerías como la Galería Bores & Mallo, Cáceres (1998), la Galería T20, Murcia (2001), la Galería Maior, Pollença, Palma de Mallorca (2001), la Galería Edgar Neville, Alfafar, Valencia (2003), o en la Galería Ángeles Baños, Badajoz (2004).

El silencio del cuerpo / el decir de las nubes**- Miguel F. Campón -**

Cuando todas las palabras se vuelven superfluas es preciso dejar que el agua desdibuje la tinta de los libros y los mapas, hasta hacer de ellos un territorio más por el que caminar. Hay que dejar que el pensamiento, poco a poco, termine por abandonarse al silencio. Dejar que el cuerpo escuche. Salir y pasear. Recuperar el tiempo y el espacio, la calidez de la experiencia, sin depender de construcciones ni diseños tecnológicos. Dejar que suceda en nosotros, muy por debajo de la cultura adquirida, un sereno e ingenuo desprendimiento de las cosas (*Gelassenheit*), una recobrada sencillez. No hacen falta constructos metafísicos. Solo salir a caminar. Y no ser movidos si no es por el deseo, el secreto, la curiosidad o el descubrimiento. Por el vacío en las manos de quien acoge con gratitud una existencia mínima. Por el amor indefinido. Por la imperceptible sonrisa interior. Es así como Andrés Talavero transita y permanece en los caminos, como habitante de vías (*Tao*) desconocidas para los poderosos, como hacedor de perspectivas y contextos velados. Y es que, como escribe Rebecca Solnit, hay toda una historia no narrada del caminar. Una historia que, tal vez, sea visible en las fotografías que realiza cuando camina por la naturaleza. En ella, lugar originario de su génesis poética, el artista parece decirnos que es mejor empezar a caminar en el centro perdido del secreto, donde todo comienza y donde crecen, en el anonimato, la hierba, la sombra o el infinito. Desde este lugar, quizá no avancemos ni un centímetro para las estrellas. O puede que seamos para ellas, en la distancia, como las imágenes de Talavero: seres que esperan y que, inmóviles, van lentamente al encuentro de la nada (*wu*).

Caminar o escuchar o leer. Salir a caminar es también encontrar un ritmo de lectura donde el pensamiento y el lenguaje reconocen su vínculo con los pies. Las huellas dejadas por otros animales fueron, según Canetti, la primera lectura de la humanidad. Y caminar es interpretar una notación musical. Es hacer del vacío silencioso que ocupamos un despliegue de mundo, un mapa inmaterial de belleza anterior a las rutas de la ecología. Cuando las extremidades inferiores emiten ruidos y deseos, cada cosa visible es un signo de puntuación que distingue la nada de la nada, un ritmo de plantas e interrogaciones, mariposas y comas, piedras y puntos. En el camino algo descubre la resonancia íntima de los minerales y un cuerpo ciego

y mudo que escucha con atención a los pájaros. Leemos los paisajes de Talavero como escrituras automáticas del cuerpo que nunca podremos comprender del todo, porque requieren ser experimentadas sin memoria y recorridas en el tiempo. Vividas, en una insólita zona de confusión donde tenemos algo en común con la materia, como si hubiésemos sido invitados por una comunidad de animales extraños a visitar nuestra casa más próxima. Aquello que en nosotros no es humano comparte un sueño común con lo inhumano, con el punto álgido de la existencia feliz del *sin-nosotros*. “Utilizando una piedra como almohada, me dejo arrastrar hasta las nubes”, escribe el poeta Taneda Santōka. También hasta allí se desplaza Andrés Talavero, por un espacio que es corazón, pudor y ocultamiento. Por un espacio que, escondido, extiende sus brazos a quienes pasan sin ser notados, saliendo a recibirnos para circundar nuestro cuerpo, las ramas de los árboles o el horizonte. Permite, entonces, ser respirado. Y comienza a dejarse fotografiar.

Hay una costumbre esquimal narrada por Lucy Lippard en *Overlay* que consiste en medir la longitud de la rabia, marcando sobre la tierra una línea tras haber dejado que el caminar la disuelva. Tal vez Andrés Talavero sitúe la cámara en el punto donde cesan las pasiones negativas, y continúe caminando más allá para fotografiarse en un espacio de post-resentimiento. Es su modo de reiniciar el mundo, de adherir el pensamiento al cuerpo, hasta hacerlo desaparecer en el paisaje como desaparece la niebla sobre los pétalos de las flores blancas o como un ruido más en la claridad del bosque. De llegar hasta la zona donde la luz desciende entre las ramas de los árboles (*Komorebi*) para construir un paisaje virtual donde recibir el regalo de la inexistencia. Talavero descubre allí un hueco en el inicio de todas las frases, porque los disfraces del yo son siempre múltiples, hasta que se desprende de ellos caminando, arrojando los pronombres al fuego para que se quemem. Las nubes estuvieron aquí, habitando entre nosotros y dentro de nosotros. Queda su tacto para acariciar, para seguir la dirección del viento sobre las cosas aún por existir.

Caminar. Descifrar. En el claro del bosque, en la llanura. Olvidar y recordar juntos la caída de la lluvia que testimonia que la nada y la presencia nunca han estado ausentes. Los recipientes de mayor valor siempre terminan llenándose solos. De llevar a cabo una batalla, que la victoria sea atravesar el último la meta.